

y la caridad. Dificil es no ver aquí una potestad judicial y suprema. Ningun católico la ha negado nunca. Pero ¿qué tiene esto que hacer con el poder temporal? repetimos nosotros. ¿Quiere tambien el Sr. Sanchez que sea el Papa rey de Corinto? Las demás citas de los Santos Padres son idénticas á la que hemos insertado.

Lo que si demuestra el Sr. Sanchez es que ni los Concilios, ni los Santos Padres, ni los Doctores han hallado incompatible el poder temporal con el espiritual de los Papas; que no han declarado contrario al espíritu de la Religion el que su Jefe posea bienes terrenos, tenga súbditos y Estado. Pero esto no lo niega ni lo pone en duda nadie, con tal de que haya leído el más breve compendio de historia. ¿Cómo habian de condenar los obispos, que eran señores de vasallos en la edad media, y el clero, que poseia cuantiosos bienes, que el Sumo Pontífice los poseyera tambien y que fuese soberano? Claro está que esto es permitido por la Iglesia; cuando la Iglesia ha tenido y tiene aún bienes y súbditos. Pero de la permission, ¿se deduce acaso la imprescindible necesidad?

Confesamos ingénuamente que no se nos alcanza este modo de discurrir. Damos por supuesto que el poder temporal de los Papas ha sido utilísimo en lo pasado y que podrá ser aún muy provechoso en lo venidero; que tal vez importe mucho conservarle en las actuales circunstancias del mundo, y que es benéfico y favorable para los romanos; pero de suponerlo y aún de afirmarlo así, á suponer y afirmar que el po-

der temporal es un dogma de la Iglesia, una condicion *sine qua non* del Catolicismo, un artículo, no de fé, pero que sin ser de fé tiene la virtud de transformar en impío ó en necio á quien de él duda, hay una enorme distancia, que no podemos salvar nosotros con las inconducentes pruebas que el Sr. Sanchez nos ha dado.

Su libro, del que aún nos queda bastante que hablar, volvemos á decir que es una brillante apología del Catolicismo, y que está escrito con elocuencia, con sinceridad y con fervor dignos de elogio, pero en todo él se nota la alucinacion sofistica de que hemos hablado. Todo lo refiere el Sr. Sanchez al poder temporal, cuando no es en manera alguna del poder temporal de lo que tratan sus autores.

Ya, otro dia, terminaremos este ligero exámen.

### III.

Nos queda por examinar la parte mas diffeil, la que más prudencia y tacto exige de parte del crítico, en la obra notable del ilustre presbítero malagueño. Ya no se trata de teorías históricas, de interpretaciones y apreciaciones más ó ménos juiciosas sobre los acontecimientos pasados, sino de juzgar los presentes acontecimientos y de absolver ó condenar á los personajes que en ellos han intervenido ó intervienen. Napoleon III ha calificado de *obstinacion* la resistencia del Padre Santo á ceder parte de su poder temporal, y contra este modo de calificar la conducta del Vicario

de Nuestro Señor Jesucristo, se revuelve con terrible y santa indignacion nuestro ilustrado, pero vehemente sacerdote.

El mismo Sr. Sanchez niega, sin embargo, la infalibilidad temporal del Papa. Todo un capítulo de su obra está consagrado á demostrar que el Papa sólo es infalible, hablando *ex-cathedra* á la Iglesia, *en lo perteneciente á la fé*. Segun la doctrina del Sr. Sanchez, que es la doctrina ortodoxa, y que viene apoyada en textos de Belarmino, de Perrone y de De-Maistre, el Papa puede engañarse, no hablando *ex-cathedra* y en asuntos que no sean de fé: luego el Papa puede seguir una mala política, y puede ser *obstinado* en ella. No es esto decir que lo sea ahora, sino que puede serlo: no es esto defender el que no haya quizás algo de irreverencia en llamar al Papa *obstinado*, pero sí es defender que el que cree en esta obstinacion no reniega del nombre de católico ni se aparta de la comunión de los fieles.

El Sr. Sanchez, que en el capítulo XXXI de su obra explica con tanta prudencia y sabiduría los límites de la virtud infalible de Su Santidad, en los capítulos XXVII y XXVIII procede, sin embargo, de muy diversa manera; y, volviendo á confundir lo espiritual con lo temporal, traspasa esa virtud infalible del Padre comun de los fieles al Principe italiano, poseedor de un pequeño Estado.

Es cierto que el Padre comun de los fieles no hace guerras de conquistas y quiere vivir en paz con todos los pueblos, como Padre comun de los fieles: es

cierto que el Papa, como Papa, no envia soldados, sino misioneros; no vence los cuerpos, sino las almas; no tiene el orgullo de los españoles, ni la vanidad de los franceses, ni la insaciable codicia de la pérfida y cruel Albion, cuyas maldades pondera el Sr. Sanchez; pero el Sr. Sanchez debe tener en cuenta que no se habla del Padre comun de los fieles, como Padre comun de los fieles, sino como rey que tiene ejército, y que puede ser ambicioso, y que puede desear la dilatacion ó la conservacion de sus dominios. Para todo esto se vale de los mismos medios que los otros soberanos; hace la guerra, empuña la espada, se ciñe el casco en vez de la Tiara, y entra por la brecha de una ciudad, entre el humo de la pólvora, como cualquiera héroe profano, como Julio II, por ejemplo.

Los Papas, como señores temporales de un corto territorio, no son, ni han podido ser lo que supone el Sr. Sanchez, refiriéndose á la Cabeza visible de la Iglesia. Esa mansedumbre no es compatible con la condicion humana, en el estado presente del mundo, ni con los deberes del jefe supremo de una nacion cualquiera. El Rey de Roma, aunque sea Papa, tiene, como Rey de Roma, que contraer alianzas y compromisos, siendo amigo de unas naciones y enemigo de otras; tiene, en suma, que hacer la guerra, y la ha hecho no pocas veces. Y como el mismo Sr. Sanchez confiesa que no se extiende á la política la infalibilidad del Papa, tambien tendrá que confesar que sus guerras y sus enemistades no siempre son justas. Cuando un Papa dijo de los españoles, de esta nacion *eminen-*

temente católica, que éramos *la escoria del mundo y una vil ralea de moros y de judíos*, nos parece que no fué infalible; ántes bien padeció una lamentable equivocación, que el gran duque de Alba se encargó de des hacer de un modo algo brusco.

Nadie más que nosotros se admira de las hazañas, virtudes y disinterés de los misioneros. Aún nos parece pobre el encomio que de ellos hace el Sr. Sanchez. Pero repetimos lo de siempre: ¿qué tienen que hacer los misioneros con el poder temporal? ¿No es esto involucrar las cuestiones?

Se ha de notar, asimismo, que el Sr. Sanchez encarece y exagera demasiado las crueldades y las infamias de los conquistadores, sobre todo de los del Nuevo Mundo, que eran nuestros compatriotas, y supone que solo la codicia los movía á ser crueles, sin contar con el fanatismo religioso, que tuvo tambien alguna parte en la crueldad. Por cierto que si el Padre Valverde (al ver que el Inca se aplicaba al oído su breviario y le tiraba al suelo, porque nada le decía de lo que él aseguró que podía decirle) no hubiese excitado la cólera de Pizarro y de sus compañeros, tal vez estos no hubieran hecho en los indios inermes y desahucados, que venian de paz á recibirlos y á agasajarlos, aquel fácil destrozo y aquella bárbara matanza.

Con todo, las glorias de los misioneros son grandísimas, á pesar de este y de otros extravíos que pudieran citarse, y que es justo atribuir á la fragilidad y miseria de los hombres y á la cruel rudeza de los siglos pasados. En cuanto al Catolicismo, ¿quién ha de

negar que es un medio eficaz de civilización y de progreso? Pero volvamos al poder temporal.

El Sr. Sanchez, juzgando á Napoleon III el mas terrible adversario de este poder, le consagra todo un capitulo de su obra, y le maltrata con igual energía que Victor Hugo. El modo de conciliar el respeto que el Sr. Sanchez cree deber á las personas constituidas en la suprema dignidad, con las muchas injurias que dirige al Emperador, es bastante ingenioso. «Por mas que veamos, dice el Sr. Sanchez, lunares y aún *manchas horribles* en el hombre, sólo queremos, sólo podemos ver la justicia en el trono, la rectitud en el cetro, y en el manto imperial la misericordia.» Pero ni de justicia, ni de rectitud nos habla, y sin asomos de misericordia, se complace en representarnos una por una todas esas *manchas horribles* que en el hombre cree ver. Espantosa es la diatriba del Sr. Sanchez contra Napoleon III y su familia. Luis Napoleon es para el Sr. Sanchez un malvado, un traidor, un sanguinario tirano, un Atila.

Nosotros, que somos partidarios de la más completa libertad de pensamiento, no censuramos, ántes aplaudimos la franqueza noble con que dice lo que piensa el Sr. Sanchez. Lo que no podemos aplaudir es que el mismo Sr. Sanchez confiese paladinamente, pocas páginas despues, que el episcopado, que el clero todo, daría su eficazísimo apoyo á ese tirano, á ese traidor, á ese Atila, si no hubiese contribuido á que el Papa perdiese las Marcas, la Emilia y la Umbría. El golpe de Estado del 2 de diciembre y los demás actos

de la vida de Napoleon III, que tan acerbamente califica el Sr. Sanchez, todo se hubiera olvidado y aún se hubiera trocado en motivo de alabanza, si Napoleon III no da á Italia la libertad, si Napoleon III no combate en Magenta y en Solferino. ¿Qué comentario hemos de poner nosotros á esta confesion?

Pasemos ya á los capitulos, en nuestro sentir, más importantes de la obra; á los que hablan principalmente del mismo Pio IX. Lleva el primero por epigrafe *Popularidad del gobierno pontificio*, y, tal es la fuerza de la verdad, que el Sr. Sanchez destruye en este capítulo los mas terribles argumentos de que se ha valido en los anteriores.

El gobierno pontificio es ó ha sido popular entre los liberales, que califica de impíos el Sr. Sanchez. Luego no es la impiedad la que los lleva á no querer ahora el gobierno pontificio que tanto amaban ántes. Luego hay una razon meramente política que los lleva á aborrecer lo que tanto amaron.

El Sr. Sanchez lo confiesa. «La Revolucion de Italia, de Francia, de Alemania, de Inglaterra, del mundo entero, recibió á Pio IX con grandes, con entusiastas, con prolongadas aclamaciones.» Luego la Revolucion no quiere ser anti-católica, ántes quiere que las Iglesias la santifique. «Le llamaban el Rey Santo, el Rey del Evangelio, el Rey de la libertad, el Rey universal de las naciones, el Rey del corazon y de la conciencia, el primero entre los Reyes, el gran Mentor y modelo de los soberanos, el Rey único en fin, dominador de la tierra y restaurador de las sociedades.» Suponemos

que no creará el Sr. Sanchez que el Papa no fuese buen católico cuando le daban tales nombres los liberales. Luego no es justo suponer que ahora no le quieran algunos, como Rey temporal de Roma, por ódio al Catolicismo. ¿Que ódio podian tener contra el Catolicismo los que con tan vivo fervor aclamaban y bendecian á su Santo Pontífice? «En la prensa periódica, prosigue el Sr. Sanchez, en la tribuna, en libros y folletos, en todas partes resonaban gritos de placer, himnos de aplauso y entusiasmo en honra del santo, justo y liberal Soberano de Roma. No podia el Papa abandonar su palacio sin verse abrumado por turbas revolucionarias, locas de amor y gratitud, que le seguian en tropel, atormentándole con vivas y aclamaciones. A tal punto llegaron las cosas, que el mismo Pontífice, en una circular, tuvo que prohibir con tono severo las incesantes demostraciones de afecto, etc.» ¿Dónde estaban entónces los liberales impíos que anhelan acabar con la Religion, empezando por el poder temporal? Entónces no eran los impíos los liberales. Si discurriésemos como el Sr. Sanchez, diriamos que los serviles eran los impíos de entónces. Ellos denostaban la sagrada y venerable persona del Pontífice como jamás se han atrevido á hacerlo despues los más furiosos demagogos, los liberales más ardientes, defraudados en sus esperanzas. No queremos estampar aquí los términos horribles de que se valian los reaccionarios para calificar á Su Santidad. Balmes tuvo que salir en España á su defensa. En Nápoles le aborrecian de muerte los palaciegos absolutistas. En Aus-

tria querian declararle anti-papa y traer el cisma á la Iglesia. En nada de esto han pensado los liberales, dando muestras de que son mejores católicos que los serviles. Ni Gavazzi, ni Mazzini, ni Victor Hugo, ni Garibaldi han dicho ni tramado contra el Papa, cuando el Rey de Roma ha dejado de ser liberal, lo que contra el Papa decian y tramaban los serviles, cuando era liberal el Rey de Roma. Los liberales más avanzados han querido y quieren destronar al Rey de Roma porque no sigue su política: pero los serviles querian derribar á Pio IX de la Cátedra de San Pedro porque era liberal, y se atrevian á llamarle un *Robespierre con tiara*.

Como muestras del amor de los italianos liberales al Santo Pontífice, vamos á trasladar aquí algunas de las citas que hace el mismo Sr. Sanchez.

La guardia nacional de Lombardía llamaba á Pio IX, «Pontífice inmortal y regenerador de Italia.» José Massari, decia: «El Papa es, el sumo Sacerdote, el manso levita de Italia. Carlos Alberto, es el sumo guerrero, el fuerte Macabeo. Ante la mansedumbre del primero y la fortaleza del segundo, unidas y entrelazadas, se estrellarán todos los amaños del fraude y los ataques de la violencia.» Felipe De-Boni, decia: «Ignominia á la torpe canalla (estos eran entónces los serviles que hoy presumen de santos), ignominia á la torpe canalla que insulta á Pio IX con obscenos improperios. Los italianos deben, aún con riesgo de la vida, defender la constancia del Papa y la razon de su principado.» El general Durando decia: «Vuestras espadas

deben exterminar á los que han ultrajado á Pio IX.» «El Papa Rey, decia Gioberti, ha sido el creador del genio en Italia, y ha dispensado favores inmensos á nuestra nacion.» Gavazzi decia: «Pio IX es el Pontífice de la amnistia, el Pontífice de la clemencia, el Pontífice de nuestra prosperidad y de nuestra ventura. Nos ha dado un nombre, un Estado, un porvenir.» «Pio IX, decia *L'Italia Rigenerata*, es el más grande de los hombres.» Por último, y para no acumular citas sobre citas, terminaremos recordando que los héroes que murieron en los cinco dias de pelea contra los austriacos en las calles de Milan, murieron, segun aseguraban entónces los *impíos demagogos*, exclamando: «¡Dios y Pio IX.!»

De todas estas citas del Sr. Sanchez, deducimos nosotros varias consecuencias, ya idénticas á las que él deduce, ya contrarias del todo. Deducimos, primero, que el Catolicismo es tan poderoso ahora como en los mejores tiempos, y que no hay esa impiedad de que algunos hombres apasionados se complacen en acusar al siglo presente, ya que por ser el Catolicismo tan poderoso se sirven de él como de un arma de partido. Y deducimos, en segundo lugar, que no son los liberales, sino los serviles, los que más á menudo y con más escándalo y pertinacia cometen este abuso de servirse de la Religion como de una máquina política. Cuando el partido liberal tenia al Papa en su favor, jamás tachó de herejes ni de ateos á los serviles, jamás acudió al anatema contra ellos; jamás se valió de los periódicos liberales para excomulgar á los que no

pensaban en política como ellos pensaban. Cuando el partido liberal perdió el favor del Rey de Roma y más tarde cuando volvió éste á subir á su trono con el auxilio de tres ejércitos extranjeros, austriaco, español y francés, no se estamparon en Italia, tantas palabras duras contra el Pontífice, como las que se dijeron y escribieron contra él en Austria, cuando era partidario, como príncipe italiano, de la libertad, de la grandeza y de la independencia de su pueblo. Liberani, Passaglia, Cavour, Garibaldi y otros hombres aborrecidos y tachados de ateos, no han dicho una palabra dura ni contra el Pontífice, ni contra el hombre; todos celebran sus virtudes; todos le llaman justo y bueno. Queremos convenir con el Sr. Sanchez en que es una obcecacion y un extravío el que se anhele el despojar á ese varon tan virtuoso de su corona temporal; pero tambien queremos que convenga con nosotros el Sr. Sanchez en que hoy se respeta y venera su sagrado carácter más que se ha respetado jamás el de ningun Papa, entre la efervescencia y tumulto de una revolucion, y en medio de las guerras y discordias civiles y de independencia. El Sr. Sanchez sabe la historia mucho mejor que nosotros; el Sr. Sanchez es un hombre de buena fé, y á su buena fé apelamos para que nos diga si los emperadores germánicos en los siglos medios, si los tiranuelos de Italia, si la plebe de Roma, si los reyes católicos y cristianísimos de otras edades han tratado al Soberano de Roma con el mismo miramiento y con la misma dulzura con que le tratan hoy los *impíos* revolucionarios, el *excomulgado*

y *pérfido* Victor Manuel, el *maquiavélico* Cavour y el *mónstruo* de Napoleon III. Ni contra la córte de Roma, ni contra los ministros y consejeros del Papa en lo temporal, ha dicho el mismo About mayores atrocidades, merecidas ó no, que las que dijeron Dante y Petrarca, poetas católicos por excelencia.

Suponga por un momento el Sr. Sanchez que este Papa, ú otro, es un príncipe patriota y ferviente italiano, como ya los hubo; que tiene al mismo tiempo gran capacidad política, y extraordinaria sed de gloria; que se pone al frente de una liga, como hizo Alejandro III, y que combate á los austriacos y los vence y los arroja de Italia. ¿Cree el Sr. Sanchez que en Austria no se trataria de que hubiese un cisma, de negar al Papa y aún de nombrar otro, como ya se pensó en 1848 y 1849? Nosotros creemos que en Austria se intentaria lo que decimos. Pues bien, los *demagogos* no intentan, ni han intentado jamás tal cosa, cuando ha habido un Papa que ha contrariado sus planes, ó que como Gregorio XVI, ha seguido una política completamente austriaca. Y si lo han intentado algunos ilusos, han hallado siempre en el pueblo una resistencia invencible. En Italia, ántes del amor de Italia está el amor del Pontificado, su mayor gloria, y el amor de nuestra santa y católica Religion. Lo mismo que Cola Rienzi, en el siglo xiv, llamaba al Papa á Roma, le llamarían Ratazzi y Victor Manuel, si, abandonado por los franceses, dejase la Ciudad Eterna. Convenimos con el Sr. Sanchez: *En Roma no triunfará el mal*. En Roma no podrá haber ya, como no sea

por muy corto tiempo, inmundas bacanales en el Foro; pero por lo mismo que en Roma no debe el mal triunfar definitivamente, esperamos que no triunfe ni dure la política de Mons. de Merode y del cardenal Antonelli.

Hemos recorrido rápidamente todo el primer tomo de la obra del Sr. Sanchez, y hemos tenido que juzgarle, desde el punto de vista de nuestras opiniones políticas, quizás con harta severidad. Queremos, sin embargo, que se entienda que en todo lo que es dogmático, que en todo lo que es verdaderamente religioso, hemos convenido, y no podemos menos de convenir con el Sr. Sanchez, porque somos tan buenos católicos como él, y distamos infinito de poseer sus conocimientos profundos y de estar dotados de una inteligencia tan levantada y tan versada en las materias teológicas.

(El Contemporáneo.)

## ESPAÑA Y PORTUGAL.

### I.

Las más importantes verdades se reconocen por sentimiento y por instinto, antes de que por medio del raciocinio se demuestre la certidumbre de ellas y se declare y explique el fundamento en que se apoyan y sostienen. En este número de verdades se cuenta la de que en la Península que habitamos hay dos naciones distintas, portuguesa y española. Si hubiera dos Estados y una sola nación, los Estados fácilmente se fundirían. Lo difícil, lo punto ménos que imposible, es fundir las nacionalidades. Así es que nosotros, aunque siempre hemos tenido un amor entrañable á la idea de la union ibérica, más hemos creído que esta idea es una aspiracion sublime, casi irrealizable ó realizable sólo en un remoto porvenir, que un plan político, para cuya realizacion y cumplimiento están ya preparados los ánimos y las cosas, y que á poca